

enemigos de la fé. Tambien le amonesta con mas fuerza que nunca á guardar religiosamente el depósito de la santa doctrina, y á dedicarse con todo el ardor de su celo á perpetuarle, como que estaba muy cierto del próximo fin de su vida, y no podía prometerse el verle otra vez, aunque le instaba fuese pronto á Roma. Pero si deseaba con tantas ansias que Timoteo fuese á verle, y tanto le instaba á ello, no era tanto por su propio consuelo, como para que asistiese á los fieles en la turbacion que su muerte y la de San Pedro podria ocasionar; pues entonces interesaba mucho la presencia de los discípulos mas queridos de los Apóstoles para que supliesen por ellos. A Timoteo le encarga que venga antes del invierno, y le traiga un manto ó capa que habia dejado en Troade: ejemplo claro del desinterés de este ilustre Pastor, que pudiendo recibir abundantemente de sus discípulos, muchos de ellos muy ricos, cuanto necesitaba, vióse obligado á pedir en Roma que le trajesen una capa vieja que dejó en Asia.

Nos da á mas en esta carta una de las pruebas mas fuertes en favor de la tradicion, pues en ella dice el Apóstol á Timoteo: "Lo que me has oido enseñalo á los hombres religiosos y capaces de instruir á otros." Asi vemos que, ademas de la doctrina escrita, hay ciertas verdades no menos saludables ni menos ciertas, que deben pasar de boca en boca por una sucesion continua, hasta la consumacion de los siglos. Con no menor solidez establece el Apóstol la necesidad de la residencia activa y laboriosa de los prelados, advirtiendo á su discípulo que están obligados á enseñar en todo tiempo. Esta es la última carta que escribió el Apóstol, y se nota en ella la fuerza y vehemencia que la proximidad del martirio inspiraba á su celo.

La causa que movió á Neron á pronun-

ciar la sentencia de muerte contra los dos santos Apóstoles, fué la victoria que poco despues lograron sobre Simon Mago. Este impostor de Samaria habia ido á Roma á introducir su doctrina, y se dice que el Príncipe de los Apóstoles emprendió su último viaje á esta capital á fin de oponerse á los engaños del Mago. Simon era digno de la proteccion de un príncipe como Neron, entregado á todos los vicios y apasionado estremadamente por la mágia; así es que con tal proteccion llegó aquel embustero á adquirir tanta veneracion que se le alzó una estatua en la isla del Tiber, dándole los títulos de santo y de dios que tan fácilmente prodigaban los romanos. Otra estatua igual habian alzado á Elena, aquella prostituta de Tiro, á quien Simon llamaba Minerva, dándose á sí propio el nombre de Júpiter; y aun muchas veces se decia Cristo, haciendo una monstruosa mistura de las religiones mas opuestas entre sí, y valiéndose de todo lo que le podia facilitar la seducion. Uno de los secretos que mas excitaban la curiosidad de Neron, era el de volver á un hombre, y aunque muchos fanáticos habian hecho en presencia suya el ensayo de este arte peligroso, tuvieron todos un resultado funesto. Mas Simon, desvanecido con su fama, no solo prometió que volaria, sino que se elevaria hasta lo mas alto de los cielos á tomar posesion del trono que le estaba destinado. Señalóse dia al efecto, y toda la ciudad quiso hallarse presente á un espectáculo tan extraordinario.

Los Santos Apóstoles previeron las consecuencias que resultarian contra la Religion si este fraude ó prestigio llegara á realizarse; por eso se dirigieron al campo de batalla como intrépidos atletas, preparados con el ayuno y la oracion. A los fieles les encargaron que por su parte pidiesen el favor del cielo, é invocasen arrodillados la virtud omnipotente de Jesucristo, para con-

fundir al sacrilego impostor que se atrevia á declararse públicamente su rival y á contrahacer su gloriosa Ascension. Simon se elevó en el aire efectivamente, mas cayó luego quebrándose las piernas (1). Para curarle condujéronle al piso alto de una casa contigua, y no pudiendo sobrevivir á su ignominia se tiró por la ventana, y exhaló el postrer aliento.

Despertóse entonces en Neron el ódio contra los Apóstoles, de quienes parecia haberse olvidado. Mandó les encadenasen fuertemente, y pasados nueve meses de rigurosa prision, fueron condenados á muerte (2). Los gobernadores de Roma pronunciaron la sentencia, y la hicieron ejecutar durante el viaje del emperador á Grecia. Los Apóstoles, aunque presos en la cárcel Mamertina, al pie del Capitolio, convirtieron y bautizaron á dos de sus centinelas llamados Proceso y Martiniano, con otras cuarenta y siete personas que se hallaban en la misma cárcel. Entretanto los fieles encontraron medios de facilitar á los dos Apóstoles la fuga, y les conjuraron guardasen sus vidas, pues tanto importaban á la naciente Iglesia de Dios.

San Pedro consintió por humildad, desconfiando mucho de sí, despues de la triste esperiencia que de cuando negó al Salvador tenia de su flaqueza y de los peligros de la presuncion. Una noche pues huyó de la prision, y consiguió salir de la ciudad; pero al alejarse de sus puertas se le apareció Jesucristo que iba como á entrar en Roma (3). Le preguntó Pedro ¿que dónde iba? y el Salvador le respondió: «voy á Roma á ser otra vez crucificado.»

(1) Véanse Plinio, *lib. 30 hist. nat. cap. 2.*; Arnob. *in Gent. lib. 2.*; Sueton. *Vid. de Neron cap. 2.*; S. Ciril. *Jerosolim. Cathech. 6.*; S. Agust. *de hæres. cap. 1.*

(2) Clem. *Ep. ad Cor.*

(3) S. Ambros. *in Auxent.*; Ado *de fest. SS. Apost. B. del C., tomo XVI. — III. — HISTORIA ECLESIASTICA. — Tomo I.*

El Apóstol penetró al momento la intencion de su divino Maestro, y contando con los auxilios de su gracia, volvió á entrar en la ciudad, donde luego fué condenado á muerte. Segun la prediccion divina, la cruz fué el instrumento de su suplicio, que padeció sin la menor duda el dia 29 de junio, y verosimilmente el año 66 de Jesucristo (a). Disipáronse sus temores en el momento de su muerte, y sin acordarse entonces de otra cosa que de la gloria del Redentor, pidió por humildad le crucificasen con la cabeza abajo porque se creia indigno de ser tratado como el Hijo de Dios aun en los mismos tormentos.

En el mismo año y dia sufrió San Pablo su martirio, pero como era ciudadano romano fué degollado. A mas de las conversiones que los dos Apóstoles obraron en las cárceles, convirtió el Doctor de las gentes á tres soldados de los que le acompañaban al suplicio. En el sitio llamado *Agua Salvias*, á tres leguas de Roma, se hizo la egecucion (1), y le sepultaron en el camino de Ostia. San Pedro fué crucificado en el cuartel de los judíos, en lo alto del monte Janiculo, mas su cuerpo fué depositado en el Vaticano. Los fieles tuvieron buen cuidado de sacar con tiempo los retratos de los Santos Apóstoles, retratos que se conservaron por espacio de mas de dos siglos y que han servido de modelo á los que se han sacado

(a) No todos los cronologistas están acordes con Berault en fijar el martirio de los Santos Apóstoles en el año 66, pues otros creen debe fijarse en el año 69. La diferencia consiste en señalar la época en que San Pedro trasladó la Cátedra pontificia de Antioquia á Roma, porque siendo comun sentir de los historiadores que el Príncipe de los Apóstoles vivió 25 años despues de aquella traslacion, es claro que si esta sucedió el año 42, como afirman Berault, Calmet y otros sábios, su martirio no puede diferirse mas allá del año 66; pero si San Pedro estableció su Silla en Roma el año 43, segun el sentir de Baronio, Fleuri, Tillemont, Orsi y otros muchos, habrá que decir que el martirio acaeció en el año 69. (N. del E.)

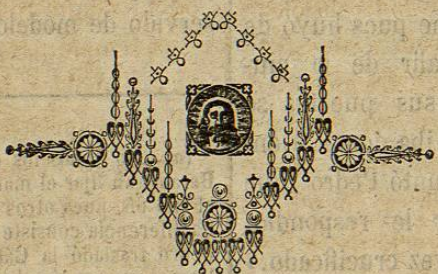
(1) Euseb. *lib. 1 hist.*

despues y en los que se representa á San Pedro de pequeña estatura, cabeza calva y nariz aguileña. Habia sufrido antes el martirio su muger, porque entonces hubo una persecucion declarada que arrebató á otros muchos fieles; y él mismo la exhortó á padecerle con aquella fortaleza digna de un amor en que no tenia parte la carne ni la sangre, regocijándose del fin de su destierro, y de verla retornar á la verdadera patria, como él mismo decia. Su hija Petronila vivió vírgen y murió santamente en Roma.

Estas fueron las primicias de la persecucion de Neron (a), la mas fatal de suyo por

(a) En esta persecucion fué tambien indudablemente comprendida nuestra España. Asi lo prueba la siguiente inscripcion que dedicaron á Neron sus ministros en España como elogiándole de que habia limpiado la provincia de ladrones y cristianos, pues á esta Religion santa daban el nombre de supersticion. Hé aquí segun Morales (*Hist. lib. X.*) esa inscripcion:

NERONI CLAUDIO
CAESARI AUG.
PONT. MAX. OB
PROVINCIA M LATRONIBUS
ET HIS QUI NOVAM
GENERI HUMANO
SUPERSTITIONEM
INCULCABANT
PURGATAM.



haber servido de ejemplo á los perseguidores de los siglos siguientes; pero de la mayor importancia para la Iglesia romana, donde con la muerte del Príncipe de los Apóstoles, quedó fijada para siempre la primacia del apostolado.

y en castellano: "A Neron Claudio César Augusto, Pontífice máximo, por haber limpiado la España de ladrones y de los que difundian entre el linage humano la nueva supersticion."—El cardenal Baronio cita tambien esta inscripcion en sus anales (año 69), y añade: "De aquí podrás inferir cuán floreciente estaba ya por entonces la Iglesia en España, puesto que los gentiles miraron como un gran beneficio el que Neron la hubiese limpiado de cristianos; tanto que por eso le erigieron este monumento como perenne testimonio de tan grandiosa hazaña. Y aunque no pusieron el nombre de cristianos, porque aborrecian hasta el nombrarlos; con todo, aludian á estos en la espresion de introductores de una nueva supersticion, pues entonces no hubo otra nueva religion mas que la nuestra; y ademas Neron, que era muy supersticioso, no persiguió otra secta que la cristiana etc."—El erudito Paggi reconoce con Baronio, que la persecucion de Neron se estendió hasta la Península; y entre otras pruebas de ello alega la arriba inserta inscripcion. Ademas, nuestros antiguos martirologios hacen memoria de algunos santos que en esta época derramaron su sangre por la fé, y entre ellos San Atanasio y San Teodoro que se quedaron custodiando el sepulcro de su Maestro y Apóstol nuestro Santiago, y en el día yacen, segun constante tradicion, en la capilla de mármol consagrada al Apóstol, en sepulcros elevados de la tierra, pero inferiores al suyo, uno á la derecha y otro á la izquierda. (N. del E.)

LIBRO SEGUNDO.

Desde la muerte de los Santos Apóstoles, en el año 66 de Jesucristo, hasta la destruccion de la nacion judáica en el de 137.

Tocaban ya á su término las profecías del Salvador relativas á las calamidades y réprobacion de la nacion judáica. Los hombres que habian oido su publicacion, y que debian ser testigos de su cumplimiento, contaban ya mas de treinta años desde esta amenaza terrible; pero lejos de evitarla con la penitencia, endurecidos los habitantes de Jerusalem, y sobre todo la parte mas distinguida de la república, los gefes del pueblo y los principes de los sacerdotes, habian llenado la medida de sus crímenes con una impiedad consumada: funesta y ordinaria consecuencia de los grandes atentados. El espíritu de vértigo, el oscurecimiento de la razon, y los principios errados de conducta y aun de política, fueron los efectos que produjo el desprecio de la Religion y de las loables costumbres. Conmovidos asi los fundamentos del Estado, hallábase este en un punto tan crítico, que la primera revolucion que sobreviniese debia naturalmente ser su ruina.

Pero antes que cayese sobre ellos el úl-

timo golpe, quiso el Señor que sintiesen las primicias de su venganza en la dureza con que los trataron los gobernadores romanos, á cual mas avaros, crueles y tiránicos. Arruináronlos como á porfia con sus rapiñas y malos tratamientos (1) Cuspidio Fado, Tiberio Alejandro, sobrino del célebre judío Filon, y Ventidio Cumanio, posteriores á Poncio Pilato.

El emperador Calígula los habia reducido casi al último extremo de desesperacion con su ciego frenesí por colocar su estatua en el templo para que la adorasen. Entonces los pueblos de Alejandria, autorizados por las disposiciones de la córté y de su gobernador Flaco, trataron asi en la ciudad como en todo el Egipto del modo mas atroz á los judíos, cuyo número llegaba á un millon de personas. A mas del odio general contra la nacion, aborrecia personalmente el gobernador á Herodes Agripa, que condecorado de nuevo con el título de rey,

(1) *Josefo de bello jud.*; Filon y Euseb. *passim.*